



## Almas Silvestres.

---

A BARTOLOME CARBAJAL Y ROSAS

*forma de bucos*  
Entre brumas temblorosas, los aovados  
lomeríos simulan respirar; novillos y ter-  
neras descansan rumiando zacatones que  
como tumores movibles hinchan sus cues-  
llos nervudos, y golpeando al correr los  
esféricos guijos del canchal, que fingen  
grandes ojos pétreos que vanamente  
aguardan órbitas, toros y bueyes mugen  
brillando al sol ardiente como recién mo-  
jados.

Una peregrinación de pequeños case-  
ríos se dirige al río que balancea dimini-  
tas y frágiles canoïllas, como chisteras  
flotantes, y en aquel valle aridecido, ce-  
rros y montes parecen saxeas y gigantes-  
cas olas violeta.

¡Cuán pequeñas miranse las yuntas en  
la inmóvil cabezota gris y rapada de aque-  
lla colina! Se antoja que rompieron al-  
gún carro chirriador en alevosas é inevi-

tables trampas fingidas por quebrajas, y aun vienen arrastrando la fuerte lanza del arado.

A orillas de zanjones, acahuales marchitos que sacude la brisa, niegan tenazmente inaceptable afirmación desconocida, y flores amarillas y estriadas de árnica, lucen profusamente como áureas onzas caídas de alguna rota escarcela. Y al mondo valle salobreño se ocurre que salieron á fachendear, meneándose garbosamente, dos ó tres florecidas y débiles caléndulas; y entre rocas, sobre las que pasean escamosos lagartos verdes y como oxidados, grises nopaleras muestran sus raquetas con púas. Están los árboles amarillos igual que si hubieran estado junto á una hoguera; esmirriados abedules arrojan sus monedas de plata, y ios pinos silbantes gotean piñuelas como llamando la indócil atención de los campesinos acerca de aquella roñez.

¡Qué modorra de campos y qué flojera de próximo sueño! Allá, muy lejos, larguísima estera de flavo césped y grama seca, en una pereza de millas; y aquí, muy cerca, como grandes colmenas grises, ateridas chozas pegándose á la selva.

¡Y qué frío más picante! Gorriones amodorridos y esponjados, el pico bajo el ala, semejan flores del mismo cardo marchito que les soporta. En arenosos carriles hacen los vientos efímeros rehiletos, ó asustando á los rapaces, soplan en las puertas pegando la boca en los resquicios.

En los caminos temblotean pajazas, ¡curriéndose dudar si las mueven brisas ó algún forzado escarabajo, y viendo esta desolación, se piensa en poblachos de zonas tropicales, florecidos quizás, porque á ellos fué la flora de todos estos prados en inverosímil y rápido trasplante.

Ya de noche brillan las rancherías como fuegos de campamentos vigilantes, y en las miseras casuchas ¡qué lumbraradas levanta el desbroce de los árboles, y cómo emborracha el calorcillo y aquel aroma de liquen! Dormitan fuera los perreznos, y en las horquetas de los sauces soplan los buhos sus calabazos vacíos. Si no acude pronto el sueño, ruidos nocturnos traen supersticiones, fábulas mendosas y extravagantísimas interrogaciones. Las umbelas perfumadas de muchos vegetales silvestres apriétanse atemorizados cuando pasa una nube... ¿Y por qué? ¿Hay relación entre el fusil leproso y la mirada socarrona del coyote que impida en la cazoleta la deflagración de la pólvora?... ¿Obedeciendo á órdenes que sólo ellos escuchan se dejan rodar los pangolines por empinados pedriscales cuando cae la nieve? ¡Ah, y la torpe farándula del cerdo con sus cuatro espuelas córneas, soplando su trompa y produciendo al correr sonido de barril repleto de onzas! ... ¡Qué sandeces inspira la noche en las campiñas! Eso sí, el frío del amanecer adormece y quema los dedos! Quando la neblina como un toldo inmenso se va diluyendo en el ambiente agri-

sado, parece que sobre planes, en lomas, en bigotes de rucios abellacados, sobre caras y lomos de toros abantos, miriadas de arácnidos han tejido su red, quizás por atrapar en su cristalina urdimbre alguna estrella sonámbula.

Todavía verran dispersos algunos jirones de niebla prendiéndose á oyameles que incrustan de diamantes, y ha empezado ya en las eras el desgrane de maíz á fuerza de palizas.

Sobre cuatro bancos destrozados y reñecos está el bastidor agujereado y enorme de cuero crudo; allí, montones de mazorcas de granos traslúcidos, y en redor trabajadores en actitudes amenazantes con gruesas porras como brazos que han agarrado por las muñecas, á una voz acompasadamente descargan su inocente coraje sobre aquel acervo de panojas. Lluve á chorros la criba ebúrneos granos, y vientos hipócritas que parecían estar en acecho, se cuelan entre las piernas de los trabajadores hurtándose el tamo que sale como blanca humareda, que concretándose un poco más lejos, se acuesta en la tierra nevándola. ¡Qué músculos! Cinco fanegas y un almud en una mañana! Aquel de pechazo guijarreño como encuentro de potro, parece con bieldo brillador en la mano un Júpiter en calzones; esotro de ceñidor de otate, aceza como buey, y este caribobo de pantorrillas duras como puños coléricos, jadea como fuelle.

No hay vuelos de golondrinas de afile-

das y curvas alitas como guadañas diminutas, pero dispersos y espiando mañosamente ocasiones de robo, cuervos jesuitas como ídolos de obsidiana manchan los barbechos, mientras en trojes pardiscas, parvadas de tordos rechinan sus carracas.

¡Y qué menudear de porrazos! Como que Navidad se acerca y no han de faltar en las chozas cazuelones sangrientos con remolacha en rodajas, confites cacarizos, jícama jugosa, corazones de lechuga riza y tostado maní. Ya en los ventorros del puebluco se balancean resecos bacalaos que fingen pecheras de cuero; al frente oscilan velillas y blandones como tubos abollados de un gran órgano, y anchas ruedas de cohetes como émbolos sucios.

¡Señor, de palurdos que aún bajo sol canicular están en plática perenne con la gleba, no viertas fuego en las espaldas agobiadas por fardos de infinito desdén; abre tu palio misericordioso! Y en almas zahareñas de picaruelos que ni aun desueldos zapatitos tienen que dejar en el fogón, infunde amor al terruño, á la nébula errante y al cementerio que guarda los huesos de sus padres. ¡Eso es la Patria!

\*  
\* \*

¡Qué arrogante está Vicentillo con su aquillado sombrero de paja! En un rincón de la era, mujeres y chiquillos apartan mazorcas de podridos dientes vaciándolas

en banastas, y entre la inocente albórbola de aquella gente atareada, Juana, esposa de Vicente, ríe alegremente, bobalicones los ojos de puro tiernos fijos en él. La madre de Juana trabaja con dulce placidez á su lado. Los tres y el bribonzuelo nietecillo viven al borde de un barranco que sombrean nogales y olorosos cedrones, y en cuya puerta que custodia pitafioso perro jabaluno, en primavera brillan girasoles y dalias. Dentro, el camastro de tablas duras; en los muros, San Isidro, un machete roñoso, cuernas de ciervo cuyas raspaduras quitan dolores de muelas, y en suspenso tablón, jarrillos y legumbres. Al fondo, la cuna formada por pedazos de cuero que fué criba, y en ángulo de paredes hollinadas, el hogaril que constantemente atizado hace vomitar al hollón de barro trepado en grandes piedras, coles y arroz.

¡Claro, se ha trabajado fuerte por ser víspera de Navidad! ¡Cómo se ha de quedar el pillete sin el gabán de grueso estambre rojo que luce en la tienda del gachupín trapacero que siempre está echando millonadas por la boca maldiciente! Y además, siquiera una botellita de infusión de pasas con marbete llamativo de Jerez, para quitar la sed producida por el pescadillo salado, y las ruedas de pan basto salpicadas de queso añejo y borrachas de miel.

¡Sobre todo el gabán! Cuando abra el rapaz los ojos adormilados, se le dirá que

los ángeles.... que Dios.... ¡A ver cómo se le explica! ¡Es tan chiquillo!....

¡Pobres gentes, ricos labriegos que ignoran rascaciones de anhelos punzantes y uñaradas tremendas de ambiciones sórdidas! Sí, sí, os lo juro, tendréis Navidad!

\*  
\* \*

Está profundamente silencioso y diáfano el ambiente; alentar creyérase bajo la transparencia de una campana de cristal. Friolento remusgo besa los carrillos trayendo aromas de té silvestre y marchita pimpinela, y se antoja que la campiña toda está meditabunda y anegada en olvido. Un abejarrón pasa quemando su invisible cohete, y de vacadas mugidoras se oyen profundos reclamos; en bezanas felposas rocines y burruchos tristes y espelurciados desganadamente pacen, y en alto, como parvadas de cometas retenidos por aquellos arrapiezos boquirrotos que juegan y se tumban en la monótona y triste llamada, giran lentamente zopilotes crucificados y grandes auras de rojos picos de cautín. Véanse muy lejos ventas polvosas de paredes cacarañadas al constante y fiero restregón de muladas flacuchas que soban sus irritaciones causadas por tábanos, y en cuyas puertas se columpian candilejas turbias como pupilas ebrias, y gruñen en los macheros destechados, cerdos de trompa seca como agujereado círcu-

lo de vaqueta, gallinas botudas y tres ó cuatro carneros mugrosos y atediados.

¡Todo ruido se dilata en este ambiente: aullidos de canes, cacareos de gallinas, rastrellidos de chicotes! ¡Qué tristeza de valle abarrancado!

Hasta aquí llegan los menudos hachazos de Vicentillo. Esta noche no han de faltar en la choza fogaradas que radien azarcnadas luces; crústulas de anacahuite, rajas de madroño, seroja... ¡Vamos! Ya se oirá el vocejón del Bóreas que pide calentarse. ¡Bienvenido, que pase y tiritando se tuerza, estregue y revuelque halagado en tizonos y rescoldos, mientras recuerdos dulcísimos se van derriendiendo en los espíritus como aromática resina!

¡Y quién duda un momento de la ligereza de Vicentillo! Pronto bajará del monte con su lígula de buey cinchándole la frente y el gran tercio de leña á las espaldas. ¡Qué importan pinchos de agavanzos engarñados y dolores de ijada! Le guarda ya el mocozeulo espatarrado que sonríe á su madre grande que aplaude sus picardihuelas, y eso basta. En su casa el arrapiezo es monarca y sabe soberanear. ¿Con él azotaínas?... ¡Psh!

\*  
\*  
\*

Juana fué á Villahelada por el gabán escarlata. Vicentillo ha llegado y ella no parece aún. El camino aculebrado se borra, y ni señal siquiera del rostro jalde y enorme de la luna. Entretúvose tal vez diciendo un rezo por su Vicentillo, en ver los ígnitos altares de la iglesuela, las trémulas hiladas de gorgoriteantes silbatos, incendiarios pañuelos, enmelenados cestones de dátiles y tiendecillas de floreadas cretonas. A uña de caballo devoran el camino rezagados campesinos; enciéndense chozas, empieza el jugueteo de cohetes y el fugaz burbujear de las estrellas.

¡Bah, si ya viene muy cerca! ¡Y qué talonear se trae la Juana seguida del perro que la colma de arrumacos! En la diestra el gabancillo estambrado, y en la otra el paquete de tabachín para que pronto llegue la soñera. ¡Vaya con los perros que se insultan á distancia! ¡Cobardones, ciéntense allá en barbechos lampiños y rómpanse los hocicos!

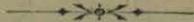
¡Quieto! Juana dice al jabaluno que la dra escandecido. ¡Quieto! Empujó la puerta de la choza que giró sobre crudas correhuelas, y salió una voluta de humo azul como queriendo taparle las pupilas. Vicentillo y la madre de Juana unidos en el beso de un amor impuro, abrazándose dormían, y el niño, también dormido, con

1070

15

los bracitos en cruz parecía separarles. ¡Ah! ¿Por qué barrancos ó verdoyos que alisan peñas no hicieron resbalar sus piés para que se rompiera en su aspereza la frente? Ella, que jamás dió abrigo á descariños, que guardó fidelidad, que tanto gimió por las citas con su Vicentillo en aquel manchón de sardones, sintió que oprimían su pecho, que golpeaban sus oídos, y loca de rabia infinita tomó la porra barnizada por el uso, descargándola sobre aquel hombre que había sido su vida. Desvió la cólera el golpe, y el niño siguió durmiendo . . . . durmiendo para siempre! . . . .

Pero tuviste en Navidad, ¡oh picaruelo! un gabán escarlata: tu pobre blusita de manta teñida con tu sangre! . . . .




---

## Almas Gemelas

---

A DON MANUEL H. NAVA.

Uraño ingénitamente, quizá reconcentrado por vagos presentimientos de ulteriores infortunios, había guardado mis afecciones, defendiéndolas con mi sequedad, como el nido su ave y la concha su perla. ¡Qué ingenuo! Ahora, perla y ave, ni concha tengo y en balde busco el nido!

¡Cómo evitar lo que se tiene ya! ¿Destrucción, humo, lumbre, no van dormidos en leños como en yescas? Esta frágil sutileza de nube que metamorfosea una brisa, y esta liviandad de pluma que hace bailotear un aletazo de azor, han lustrado mis pupilas con lágrimas, como adquieren transparencia en las aguas esos grandes ópalos turbios que se llaman hidrófanos. Mi alma fué como perla de aljófara que la noche callada prendió en carnoso pétalo de lirio; al amanecer abrió el sol en su in-

terior banderas de colores, y antes gris, tuvo cambiantes rápidos que ignoraba llevar dentro. ¿Es que me hago un reproche? Nó; tengo la tristeza de que mi alma —perla de aljófar—rodó sobre níveo y engrasado plumón de cisne airoso, sin dejar un escalofrío, ni un beso, ni algo de sí misma. Llantos adélficos, ¡cuán dulces fuísteis á mi sér!

Por las tardes, inexplicable desazón hacíame andar. Visité, inconscientemente, iglesias de naves sombrías y medrosas que repetían del cura vestido con casulla oro y azul, gorgoriteantes y confusos latines, é inmóvil, fija la vista en la combada cúpula, oía caer de graves campanas y esquilas tipludas, como de ideales cornucopias, flores de ilusión y velos de armonías que iba sopesando el aire. Y solamente salía de allí cuando pequeños monaguillos de roja enagua, llevada con desaire, cobreños acetres y deshilachados hisopos, regaban el pavimento. Salía entonces, y abobado entregábame al garbullo de la indócil avenida.

Detenfame, ya en librerías desiertas, ya en cantinas pletóricas, ó contemplando el desfile de carruajes, cuyos cojines de paño se hundían complacidos para besar las formas de tanta mujer venusta y displicente que, aborujada en invernizo abrigo, paseaba su tediosa molicie. Cabezas sin pensamiento, huecas y sonoras como alegre cascabel, y corazones vacíos, con fango de ostentaciones triviales como cápsulas de

adormideras. ¿Brocados y sedeñas muselinas de crepúsculos fastuosos turbarán con desasosiego de misterio y belleza tales almas? ¡La paradoja del Mar Muerto es inconcebible aplicándose á los espíritus! ¿Cuándo, Nazareno Jesús, los desiertos se cubrirán de flores?...

Huí; solo ya, entre libros colocados en amplios anaqueles alumbrados por lámpara rojiza que ponía una estrella en el cielo raso y un sol enorme y asimétrico en la suave alfombra, caía en sólitos pensamientos; en tí, reina, virgen y amada mía. Mi corazón, mustia hoja en solitaria encrucijada, sintió atracciones de brisas de placer, cuya fuerza nulificaron ventales de indiferencia, y que al fin siguió la ola de un aire de amor. Tu porte orgulloso, desdenes y repullos naturales, fueron misterio, que por misterio me atrajo. ¡Y qué velar el mío! Te miraba inaccesible, como sima que detalla lejanos paisajes; alta y serena, como para ceñir corona de nubes! De mi ensueño, á la renuncia y posesión, llegaba por desalientos y entusiasmos insólitos. En mañanas estivales, abandonando el brillante carruaje, discurrías bajo frondajes cípricos, viendo los árboles que sacudían sus ramas y soltaban en tu homenaje amarillentas hojas que se prendían á tu corpiño, arañaban tu corbata trémula é iban á morir bajo tus zapatillas diminutas. De regreso á la ciudad te seguía mi pensamiento celoso. En constante balbucencia—pronunciando tu

nombre—diáfanos semilunios me oyeron. Te conocía como el tic-tac de mi reloj, y para mí era dulcísimo entretenimiento remover tu espíritu como líquido en un vaso, para ver la calma del fondo reclamar los errantes corpúsculos. El ímpetu de mi cariño soñaba sacrificios que abrían leyendas mágicas ante asombros verdaderos de los corazones que florecían como el nuestro. Pórticos fabulosos se ahuecaban, irguiéndose, para que nuestra dicha pasara, y rodeando nuestra mansión barbacasas de olvido y fosos inmensos.

Oh! si las almas fueran como lagos, cuyas linfas buriladas por el pico de una golondrina se cierran sin dejar cicatriz! Para unir bordes contrarios en dos espíritus, no hay puente. ¡Ni la esperanza! Me digo: caer, subir eterna, infinitamente, alguna vez se chocará con hachones de cometas ó con maxilas de cumbres; pero creer, soñar en alivios cuando puñales hundidos nos encogen la faz y la mano que ansiamos besar está ensangrentada!... ¡Mezquindades, puñal, vileza!... ¡Qué ansia la de aplastar infame! Pero al fin ..... ¡Es una glorificación tal deseo!

Amada mía: ¿Olvidarán las almas? A tus pies mi cariño fué alfombra, velaron mis deseos tu pensamiento, y mis amores fueron cantándote al oído, atento y ávido. Encaminé tu espíritu á la belleza que olvido y perdón es, y cuando apenas columbrábamos torreones almenados, como ciudades ó iglesias dormidas en brumas de

crepúsculos vespertinos, tu mano aflojó mi mano y una gran melancolía inmovilizó tus miradas. Debía escribir después: y la punzante—convicción de que tú ya no eras mía—invisible y tenaz me precedía—como aire que al correr sopla el semblante.

Gemí, lloré; algo buscabas que no estaba en mí. Te arrullé entre celajes; abajo, huracanes de pantanos soplaban impiedades. Y caíste. Ay! el tormento de reinas desnudas paseadas en plazas públicas, junto á mi dolor, es risa! Y con la confesión en los labios, á mis brazos retornaste, y te amaba con todo mi corazón, y.... estábamos separados para siempre! Fuí bajel que apenas viendo la bahía furioso temporal le aguardó, temporal perpetuo, y que rotas sus anclas huyó para no estrellarse contra engrifados cantiles, á los torbellinos de alta mar.

¿El fango te dió sér y moriste por eso en los desiertos de mis rígidos principios de bondad, ó en desiertos naciste y por eso te atrajo la hedionda frescura de légamos?.... ¿Yo acaso?.... Cegóme la verdad, hundí las manos en las ondas de tu alma, y negruscos limos mordieron mis dedos. Mas te amé por imposible. Iba junto á tí como trino de ave que llora en bosque invisible por lejano. Pensé morir, porque, generalizando tu conducta, ví sobre todo miserias; el sol me parecía opaco y tenía el corazón lluvioso y obscuro como noche de tempestad. Juzgué que muer-

ta tú, al sol irían nuevos arrullos míos.

Y moriste. Punzante fatalidad siguió al deseo. Bajo la sábana mortuoria, tristemente asomaba tu cabellera como cuervo en blanca estepa; los cirios erguían rígidamente las sagitas bronceínas de sus flamas y deshechos en lágrimas se acortaban. Cuando descendimos el camino de abedules provector que conduce al cementerio, gemían todos y yo reía—único que te amaba—y en acción de gracias mis labios eran manantial de oraciones.

Me dije cuando ya no te ví: ¿Nada lleva el aroma de la flor que abandonó marchita? ¿Las almas olvidarán? Mis ojos han empobrecido sus joyeros regando sus diamantes; ni muerte, ni vida: quiero desaparecer absoluta, totalmente.

Me decías: soy árbol que desnudan los inviernos; ¿á qué hacer capullos en los limbos de mis hojas? Te decía: soy linfa voluble; ¿á qué besar mi faz, si al besarle, falena débil, ya nunca se despegarán tus frágiles alas? Y respondíamos al par: soy tuyo, soy tuya! Y sí, nos pertenecemos como pesadilla y sobresalto al sueño, y como á la tierra dos cadáveres. Juntos fuimos en la vida como dos pupilas que no ven, como brazos paralíticos, como piernas anquilosadas. ¡Qué aplastante la convicción de una vida sin fin, de una eternidad sin objeto! Húmedas por limo de ignominias, tus alas sostenerte no pudieron, y arrancando sus plumas, trocaste bullicio y algazara de los que mastican

zancarrones, por serenidad y silencio de cúlmenes. Cuando el vibrante clarín de la caravana de hombres púgiles y fecundas mujeres tocó marcha, no pudiste correr por la finura de tus pies, y á la vera del camino quedaste cantando—para mí llorando—tu juventud. Fué tu vida inútil como los desiertos líbicos que no sustentan un albergue. Acaso eras buena é irresponsable como el cielo que manchan nubes que no engendra; está su origen muy hondo, en ríos y ciénagos que se gangrenan. ¿Así tú?

Si las clepsidras impasibles hundean razas y obeliscos que los perpetúan, debemos hacer de nuestro ideal doloroso algo eterno y viril como las puestas de sol. Está siempre tu recuerdo en mis desdichas, como el temblor en el ponto y como la luna en la noche. Y no volverás. Por eso ni deseo vivir ni morirme; pido la destrucción absoluta. Mis labios que unge vano misticismo, van murmurando á toda hora:

Oh, Dios! por irme á tí, de aquesta vida  
en el ígneo incensario que aromando  
va el ambiente con mirras y con ámbar,  
mi espíritu, oloroso liquidámbar  
ha mucho tiempo que se está quemando!





cíclopes en rudo forcejón, querido hubieran salir sin conseguirlo.

Aquel ranchejo parece desplomado á fuerza de puntapiés en la rabera, y aquel otro se derrumba como aborrachado. En el aire flotan trinos y gorjeos y rebramos, y allí, siguiendo suavísima escarpa, brilla la espejada laguna, tan llena de greñudas hierbas, que parece que un monte de sus aguas trata de salir.

Cerros que resguardan rojizos madroñuelos, fingen tener disímbolos remiendos por las varias labores de sus curvas rayadas por lluvias tenaces, cuando del cielo manchadizo cae la nubada; y así, como al paso las arranca, faltan las fresas navideñas. En las lomas, un solo caballejo mansejón tira de la rastra; muy alto rondan los zopilotes como buscando un sendero, fingen hallarle y todos se dirigen á las lomas de calvez eterna, que no sé por qué se antojan tumbas ciclópeas.

Migratorias golondrinas, cuando bajan al ras del agua, parece que se van á hundir, y un momento hay en que la luz reflejada en las linfas es á la del cielo tan igual, que parecen los cielos reflejo de la plácida laguna.

Entre amarillos cañizales, dormitando inmóviles, paseando ridículamente serias ó sumidas en hórrida aflicción, están las garzas nevadas, como nevados husos ó quietos morriones de pluma; al borde y muy lejos, pájaros moñudos y sauces mechosos, y en ocres llanos vacas rabeantes,

caballos y cabras. ¡Caramba si es simpático el poblado con sus techos caedizos, montañas y costumbres curiosísimas!

Cualquiera diría que aquel viejecillo es limosnero, por su talego de trapos. ¡Pues no es verdad! Cambia melcocha por zaleas y pide un regalo porque habiendo matado un coyotillo, del cual enseña la cabeza, es justo que le den algo. Mohienta carabina y macicez de corazón, hé aquí lo necesario para emboscarse con temporal nevoso, sin miedo al maléfico vaho de los coyotes.

Llámase Felipe y estuvo sirviendo en Villahelada á Doña Josefa del Hortigón. Según cuenta, separóse porque ¡válgame Nuestro Padre Jesús de Villahelada! tiene un lenguón, hediondo como ruda, filoso como machete y marañero como rapista holgazán. Fué hace poco á mercadear; y al verle Doña Josefa parecía que ya se le iba encima á los uñazos. Ahora, con todo y su flacura, carga leña y con gamuzada canoilla camina igual que un tren.

Al semidiáfano amanecer, Felipe y dos amigos, en chalupón angosto cada uno, prepáranse á pescar. Aquí, Felipe; ellos, allá; una señal, y de pronto, como en regata de apuesta crecida, bogan rápidamente, y al encontrarse páranse, hunden á compás las redes que al ser levantadas chorrean sonoramente mostrando blancos pescados como trozos de nieve; ó bien, sólo Felipe, á redobles de patadas ha-

ce bailotear su chalupa cuyo ruido atrae diminutos pecesillos en tal cantidad, que hierven y brillan como chispas de un cohete que adentro hubiera reventado. El agua ondula como si el tazón del lago hubiera sufrido fuertes sacudidas y poco á poco fuera calmando su agitación. De regreso, cuelga la red en la chalupa como enorme hueva de pescado. Allí los descama, en aquel pequeño islote que tiene aspecto de buque naufrago, rodeado siempre de tepozanes esmirriados que á toda hora avientan hojas y de manchones de pensamientos empolvados siempre como para baile de carnaval.

El sol simula derretir las nubes gironadas, y al entrar en las aguas franjea de violeta los peñascos húndidos y hace pensar en mundos inexplorados y deformes; el aire pone velos impalpables en el rostro, deja temblores en las metalescentes linfas, seca los bueyes merdosos y sacude los grandes cañizales en los que verdes víboras parecen intestinos arrollados; canta extrañamente un pájaro como dando gritos de ahogo, y al golpe de remo el agua escurre como vidrio fundido, y el frunce de una ola finge el desliz de una gaviota.

Al pie de sauces lánguidos que observan su negativa trémula, Felipe amarra su canoa. Ya espera el jetudo caballejo la carga de pescado y con ella..... á Villahelada. No por el camino que parece muesca, sino cortando el montecillo por

laderas lúbricas ó alfombradas de borusca. Resopla el mañero rocinante cuando al salir del puebio una lagartija mueve los tapetes de mastuerzo colgado en las cercas. Allá quedan las casas diminutas como unos cuantos trabajadores que años hace construyen zanjones inmensos cuyos bordes son los cerros. Los árboles resecos truenan como ante enormes lumbadas; suave sisear despréndese de las copas, y allí donde peñascos verdinegros incrustados en la tierra están, como caídos de muy alto, descansa Felipe; suelta la cincha del caballo que abre las narices como aspirando la cedria aromática del bosque; frunce el rostro cenceño, siéntase, é hipnotizado va siguiendo la huella de un recuerdo. La ceniza de los pastos quemados por boyeros finge el volar de escarcha invernal.

—¡Oh, Dios! hace un mes apenas, salí de la cárcel.

Para él todo tiene forma extravagante; los sauces que aun no empiezan á hojecer parecen puñados de látigos; los guijarros, granadas que no estallaron, y lánguidas matas de maíz aventurero, negras espinardas diseminadas en el campo.

Está sordo como si dos almohadas oprimieran sus oídos; aquellas aguas que abrazaron su imagen cuando por allí pasó, no son esas; ¡oh, nó! Distintas nubes han copiado; ya negras como racimos ó cándidamente blancas como espumas concretas. También su pensamiento desenrollado co-

mo cinta pulida de metal, ha copiado nuevos cielos y en él han caído también sombras de muchas nubes de infortunio y reflejos de lejanísimas estrellas de ventura. Siente el corazón apretado por su angustia como el rebenque por su mano, y enjuto como trozo de carne que el aire seca y no deja encarroñar.

Cuando salió del pueblo glomérulas de flores eran mecidas por céfiros que hacían culebrear el pálido ormesí de los trigales; descansaban los rebaños desmarriados; en las aguas perseguían las golondrinas su imagen, y como bendición caía la tarde sobre la campiña en éxtasis. La montaña clivosa bajo la candencia del sol no murmuraba, y él, calenturoso, marchaba entre guardianes con el entrecejo fruncido fieramente como si fuera viendo algún hilo de araña prendido por la brisa en el sombrero. Hileras grises de casucas fingían espíarle por los claros de su pabellón de pasifloras; verdes y pardas, lomas y más lomas como carapachos gigantescos de tortugas; toros cervigudos entre los boscajes breñosos, trémulas cantadas de boyeros en los aires y muy lejos el lago azulando.

Anunciábase en el horizonte una fuerte cerrazón; abatíanse ventarrones que hurtaban perfume pestilente á la yerba de Santa María, y apenas si el crepúsculo bermejo tornaba cobreñas las puntas del monte. A poco, la noche arrojaba sus lutos en el río que parecía largo camino negro,

donde las estrellas como cirios señalaban tumbas muy remotas.

¡En vano descalabazarse por lo que nunca sabría cómo pasó! Marchaba cogitabundo, con infinita cansera en cuerpo y alma. El frío mordisqueaba sus carrillos; nada sentía. Llamaron sus guardianes á la puerta de la cárcel, y abrió un soldadazo variolado y turno que á sonoras fumaradas concluía un tabaco. Hediondez de miseria y angustia salió á su encuentro como deteniéndole y se prendió á su nariz como tenaza. Los ronquidos de la guardia parecían amenazar. Fué recibido en la alcaldía y conducido á celda oscura como un presentimiento; y al quedar solo dejóse caer en la trigaza que tanteaba con los pies. ¡Solo, solo!

Y lloró, lloró por muchas cosas que le arañaban muy hondo. Y en la culminancia del dolor, cuando su espíritu se llenó de sombras, tuvo serenidad, y los recuerdos, como aves nictálopes, abrieron los ojos fosforescentes.

Era el día de sus bodas. En el cielo turquezado dormían las estrellas parpadeantes y soplaban aires tan fuertes que parecían desmochar los trigales. Quiso ver á su María con camisa cambrayada, rojo castor, zapatos de cubo de cabra y chinela de charol, gargantilla de colores y grandes arracadas de plata columpiándose locamente en sus orejas. Quería verla. Saltó matorrales de hinojo y manzanilla, y ancha abertura en las costeras llevó sus mi-

radas hasta adentro. Y al cuproso resplandor de los tizones vió á María con su rebozo terciado, besándose y dejándose besar de un hombre.

¡Ah! Iras y ferocidades de tigre le apercollaron, la desesperación de quien se asfixia abría desmesuradamente sus ojos estirando sus párpados, y el lodo de todas las infamias saltaba en su corazón.

Calladamente llegó á la puerta; el crimen tendía alfombras á sus pies. De un salto estuvo junto á ellos, y rápidamente hundió una, diez, cien veces el arma en el cuello de su novia. ¡Maldita!

Corrió después y le encontraron ¡quién sabe dónde! Al día siguiente rendía su declaración. Estaba dolorido, con fuertes desollones en los brazos. Casi no podía hablar.

Cuando concluyó, dijo el juez á alguien que no veía Felipe:

—Diga usted cuanto sepa, produciéndose con verdad.

—Señor... —empezó á decir.

Y al oír esa voz, Felipe tembló; hundió la cabeza en los cuadros de la reja, y... vió á su novia llorando amargamente.

Continuó extraviadamente ella:

—Mi prima quiso ponerse mis vestidos para que la viera su novio.... entonces tal vez llegó Felipe, y creyendo que yo era quien besaba....

Su voz se ahogó en sollozos y Felipe sintió en el pecho la carga de una lápida!

.....

Y esto fué hace cinco años. Hoy cumple un mes de haber salido de la cárcel.

Sentado en esas rocas que incrustadas en la tierra están, como caídas de muy alto, mira la leve ondulación de la campiña simada; tiene el corazón apretado por su dolor, como el rebenque por su mano, y enjuto como trozo de carne que seca el aire y no deja encarroñar. ¡Dios mío, Dios mío!...



BIBLIOTECA ALFONSO XIII